

## I

Hace muchos años vivía en una aldea un zapatero con su mujer y sus hijos. Le tenía alquilada una habitación a un mujik (1), porque no poseía casa ni tierras y ganaba apenas el sustento de los suyos. El pan estaba caro; el trabajo, mal retribuido; cuanto ganaba se lo comía, y no tenía para sí y para su esposa más que un abrigo de piel de oveja ya muy usado. Hacía algunos años que el zapatero buscaba dinero para comprar algunas pieles de carnero y hacerse una nueva “chuba” (2).

---

(1) *Mujik*. Campesino ruso.

(2) *Chuba*. Abrigo de piel largo de lana tibetana gruesa usada por muchos de los pueblos nómadas de gran altitud en las frías montañas del Tíbet.

Hacia el otoño había logrado reunir algo, y en el cofre de la “bába” (3) se guardaban tres rublos en papel. En la aldea vecina le debían cinco rublos y veinte copeks.

Una mañana decidió el zapatero a ir a buscar las pieles. Se puso la chaqueta de nankín acolchada de la “bába”, se cubrió con un caftán (4) de paño, guardó en el bolsillo los tres rublos, tomó su bastón y después de desayunar partió.

“Cobraré del mujik los cinco rublos —pensaba—. Añadiré estos tres, y compraré pieles para una “chuba”.

Al llegar a la aldea se dirigió a la casa del mujik, pero éste había salido; la “bába” prometió que su marido llevaría el dinero la misma semana, pero no le envió ni un copek.

En otra casa le juraron que no tenían con qué pagarle; le dieron sólo veinte copeks por unas tapas. El zapatero creyó que podría comprar fiadas las pieles, pero el vendedor no quiso prestarle.

---

(3) *Bába*. Mujer.

(4) *Caftán*. Túnica de algodón o seda abotonada por delante.

—Dame el dinero —le dijo—, y escogerás tú mismo la mercancía, porque ya sabemos cuánto trabajo cuesta cobrar.

El zapatero no consiguió lo que se proponía; sólo recibió, con los veinte copeks del remiendo, un viejo par de “Valenti” (botas de fieltro) que le dieron para remendar.

Apenado, se fue a la taberna, se bebió sus veinte copeks y echó a andar sin las pieles. Por la mañana había sentido frío en el camino, pero después de beber entró en calor sin necesidad de “chuba”. Caminaba alegre y golpeaba con su bastón el terreno helado; se regocijaba, daba vueltas entre dientes:

“Tengo calor sin “chuba”, porque he bebido un poco; mi vientre está lleno de vino. ¿De qué me servirá una “chuba” flamante? Echo en olvido mi miseria; soy todo un hombre. ¿Qué me importa todo? Puedo vivir muy bien sin “chuba”; prescindiré de ella para siempre. Pero la “bába” lo sentirá bastante, y con razón. Trabajamos para los mujiks, que se aprovechan de nuestros esfuerzos. “¡Aguarda! No me traes dinero. ¡Pues vete a paseo!...” Así se paga a uno dando sólo veinte copeks. ¿Qué se puede hacer con veinte copeks? Bebérselos en la taberna, y asunto concluido. Entonces os dicen: “¡La miseria!” “¡Ya, ya! Pues ¿y mi

miseria?. Tienes una casa, ganado y cuanto necesitas, y yo nada tengo. Comes el pan que te produce tu campo, y yo he de comprar el mío; necesito tres rublos por semana; cuando vuelvo a mi casa se han comido el pan, y he de gastar rublo y medio más... Dame lo que me debes.”

De este modo llegó cerca de la capilla, a la vuelta del camino, y vio detrás del edificio algo blanco. Declinaba el día; el zapatero no distinguía bien.

“¿Qué es lo que hay ahí? No había ninguna piedra blanca. ¿Será una vaca? No, esto no parece una vaca. A juzgar por la cabeza, diría que es un hombre; pero ¿por qué será blanco? ¿Y por qué habrá un hombre aquí?”.

Semel, que así se llama el zapatero, se acerca, y entonces lo ve todo más claro. ¡Qué prodigio! Se trata de un hombre. ¿Vivo o muerto? Está sentado, desnudo completamente; apoyado en la pared de la capilla, no se mueve. El zapatero tiene miedo, y dice para sí:

“Le han matado, le han quitado sus ropas y le han echado aquí; si me acerco no veré el término de mis males, pues creerán que yo soy el asesino y el ladrón.”

Pasa de largo, deja atrás la capilla y ya no puede ver al hombre. Al cabo de un instante vuelve la cabeza, y ve que el hombre se ha separado de la pared y que se mueve y parece mirarle fijamente. Cada vez más asustado, el zapatero se santigua y se pregunta si ha de volver o debe huir.

“Si me acerco a él —piensa—, puede ocurrirme una desgracia. ¿Qué clase de hombre será éste? Parece sospechoso; se lanzará sobre mí, y no podré salvarme. Si no me ahoga, me verá, por lo menos, en un aprieto. ¿Qué haré con un hombre desnudo? Sin embargo, no puedo desnudarme para vestirle, para darle mi única ropa. Me marcharé deprisa.”

Y apresuró el paso. De pronto se detuvo en el camino.

“¿Qué haces, Semel? —se dijo—. ¿Qué vas a hacer? Un hombre se muere, y tú tienes miedo y huyes de él. ¿Serás acaso ya rico? ¿Temerás verte despojado de tus tesoros? Vamos, Semel, esto no está bien.”

***alcalá***



## II

En cuanto hizo estas reflexiones, Semel volvió hacia la capilla y fue derecho al encuentro del hombre; una vez junto a él, empezó a examinarle. Era un hombre joven y robusto. Ninguna señal de golpes o de heridas se veía en su cuerpo desnudo, pero estaba transido de frío y parecía asustado. Arrimado a la pared, no miraba a Semel; como si estuviese aniquilado, no podía siquiera levantar los párpados. Semel se inclinó hacia él, y el hombre se reanimó de repente, abrió los ojos, volvió la cabeza y le miró.

En cuanto el zapatero vio aquella mirada estimó al desconocido. Dejó caer sus “Valenti”, soltó su cinturón y se quitó el caftán.

—¡Ea —dijo—, nada de palabras inútiles! Vístete; a prisa; ea, a prisa... Te vas a helar.

Cogió al desdichado entre sus brazos, lo levantó, lo puso en pie y miró su cuerpo, tan fino, tan blanco, y su dulce rostro.

Semel le puso el caftán sobre los hombros, pero el desconocido no sabía ponerse las mangas. Semel se las puso, cerró el caftán, le puso el cinturón, se quitó su gorra rota y quiso cubrirle, pero sintió frío en la cabeza, y pensó:

“Estoy calvo del todo, y él tiene largos cabellos rizados. Me hace a mí más falta.”

Y volvió a encasquetarse la gorra.

“Mejor será ponerle las botas.”

Y arrodillándose junto al desconocido le calzó los “Valenti”. Luego, poniéndole en pie, le habló:

—¡Vaya, hermano! Ea, muévete un poco. Calientate. Ya no tenemos nada que hacer aquí. Podemos marcharnos.

Pero el desconocido permanecía en pie, silencioso, mirando a Semel con dulzura; no podía pronunciar una sola palabra.

—¿Qué tienes? ¿Por qué no hablas? No podemos pasar el invierno aquí. Es preciso volver a casa. Toma



mi bastón y apóyate en él si no tienes fuerzas. ¡Ea, en marcha!

Y el hombre anduvo y no se quedó atrás.

Caminaban el uno al lado del otro, y Semel le preguntó:

—¿De dónde eres?

—No soy de aquí.

—Conozco a las gentes del país. ¿Por qué estabas detrás de la capilla?

Y el otro contesta:

—No puedo decirlo.

—¿Te han atropellado, acaso?

—No, nadie me ha maltratado; Dios me castigó.

—Ya sabemos que todo es de Dios, pero de algún sitio vienes. ¿Dónde ibas?

—A cualquier parte; me es indiferente.

Semel se asombra. Este hombre no tiene el rostro maligno, su voz es dulce, pero nada dice de sí mismo. Semel piensa que hay cosas inexplicables, y dice al desconocido:

—Ven a mi casa, y te calentarás un poco.

Semel anda, y el otro le sigue. El viento sopla con fuerza y atraviesa la camisa de Semel. Digerido ya el vino, se serena, y empieza a sentir frío. Corre resoplando y piensa:

“¡Buena la hice! ¡Buena “chuba” traigo! Salgo para comprar una “chuba”, y al volver no tengo caftán siquiera, y además traigo un hombre desnudo. No creo que Matrena me dé las gracias.

Matrena es la “bába”. Pensando en ella, Semel se siente molesto; pero al mirar al desconocido se acuerda de la mirada que éste le lanzó desde la capilla, y siente que el corazón le salta de alegría dentro del pecho.

alcala

### III

Matrena, la mujer de Semel, se ha levantado muy temprano para arreglar la casa; ha partido leña, ha traído agua, ha dado de comer a los niños y ha comido a su vez; después se ha puesto a reflexionar. Piensa en el pan. Debe cocerlo hoy o mañana. Queda una hogaza todavía en la despensa; si Semel ha comido en la aldea y no cena esta noche, habrá bastante pan para mañana. Mira y vuelve a mirar la hogaza.

“No amasaré hoy —dice—; además, tengo poca harina; a ver si así llegamos hasta el viernes.”

Después de guardar el pan, Matrena se sienta junto a la mesa para remendar la camisa de su marido; cose y piensa en Semel, que ha ido a comprar pieles.

“¡Con tal de que el tendero no le haya engañado! Es tan tonto mi marido... El sí que no ha engañado nunca a nadie, y se dejaría engañar por un niño. Con ocho rublos ya puede comprar una buena “chuba”; no de buena calidad, pero que abrigue bastante. Hemos padecido mucho el último invierno con un solo abrigo. Era imposible ir a lavar al río sin llevarlo, y he aquí que ahora, para salir, se ha puesto mi chaqueta acolchada. No puedo salir de la casa de esta manera... ¡Cuánto tarda! ¿No se habrá detenido en la taberna “mi halcón”?

Apenas había pronunciado estas palabras cuando oye los pasos de Semel en el porche. Matrena deja la costura y se dirige hacia el vestíbulo. Ve entrar a dos hombres. Semel y otro mujik con la cabeza descubierta y calzando “Valenti”. Por el aliento conoció Matrena a la legua que su marido había bebido.

“Me lo temía” —pensó.

Viéndole sin caftán, con las manos vacías, silencioso e intimidado, le latió el corazón a la pobre “bába”.

“Se ha bebido el dinero —pensaba—. Ha ido a la taberna con algún perdido, y ahora lo trae aquí. No nos faltaba más que esto”.

Les dejó entrar en la isba (5) y les siguió sin hablar.

Advirtió que el desconocido era joven, delgado, pálido, vestido con el caftán, sin camisa debajo de éste y sin gorra. Una vez dentro, permaneció callado, con los ojos bajos. Matrena pensó:

“Es un pícaro; tiene miedo.”

Se dirigió a la estufa incomodada, esperando los acontecimientos.

Semel se quitó la gorra y se sentó en el banco como un buen muchacho.

—Oye, Matrena murmuró algo entre dientes. Se detuvo cerca de la estufa y miró a uno y a otro, girando la cabeza y sin moverse.

Semel se da cuenta de que su mujer está furiosa, pero ¿qué hacer? Como quien no lo quiere, toma de la mano al desconocido y dice:

—Siéntate, hermano. Cenemos.

El otro se sienta en silencio.

---

(5) *Isba*. Construida con troncos, constituía la residencia habitual de una familia campesina rusa tradicional.

—Di, mujer, ¿no has hecho cena?

—Sí que la hice, pero no para ti; con lo que has bebido ya tienes bastante cena... Vas a comprar una “chuba” nueva y vuelves sin caftán. Para colmo de desdichas, traes un vagabundo desnudo. No tengo cena para los borrachos.

—Basta mujer; no hay necesidad de hablar tanto para no decir nada. Mejor harías en preguntarme quién es este hombre.

—Empieza por decirme dónde has perdido el dinero —interrumpió la “bába”. Semel mete la mano en el bolsillo y saca los tres rublos.

—He aquí el dinero; Trofimov no ha pagado. Me ha prometido que pagará mañana.

Matrena se encoleriza más y más. Adiós la “chuba”, y el último caftán lo lleva un vagabundo desnudo que para colmo de desdicha su marido trae a casa. Toma el dinero y lo oculta, diciendo:

—No tengo cena; no puedo alimentar a todos los vagabundos borrachos.

—¡Oye, Matrena, calla y atiende a lo que te digo!

—¡Yo! ¡Escuchar las tonterías de un imbécil que está bebido! ¡Ya tenía razón en no querer casarme contigo! Mi madre me dio para tela, y tú te la bebiste; vas a comprar una “chuba” y te la bebes.

Semel trata de explicar en vano que sólo se ha bebido veinte copeks, y quiere decirle cómo encontró al desconocido; Matrena no le deja decir una palabra, pues ella pronuncia dos a la vez. Hasta lo que ocurrió hace diez años se lo echa en cara. Habla, habla, y luego coge a Semel por la manga.

—Dame mi chaqueta; no tengo más que ésta y me la has quitado; con ella te cubres, perro sarnoso. ¡Que el diablo te lleve!

Semel quiere quitarse la chaqueta; la mujer tira, y las costuras se rompen. Por fin, Matrena coge la chaqueta, se la echa sobre la cabeza y se dirige hacia la puerta para irse; pero repentinamente, se detiene, presa de un acceso de rabia; quisiera reñir a alguien y saber quién es aquel hombre.